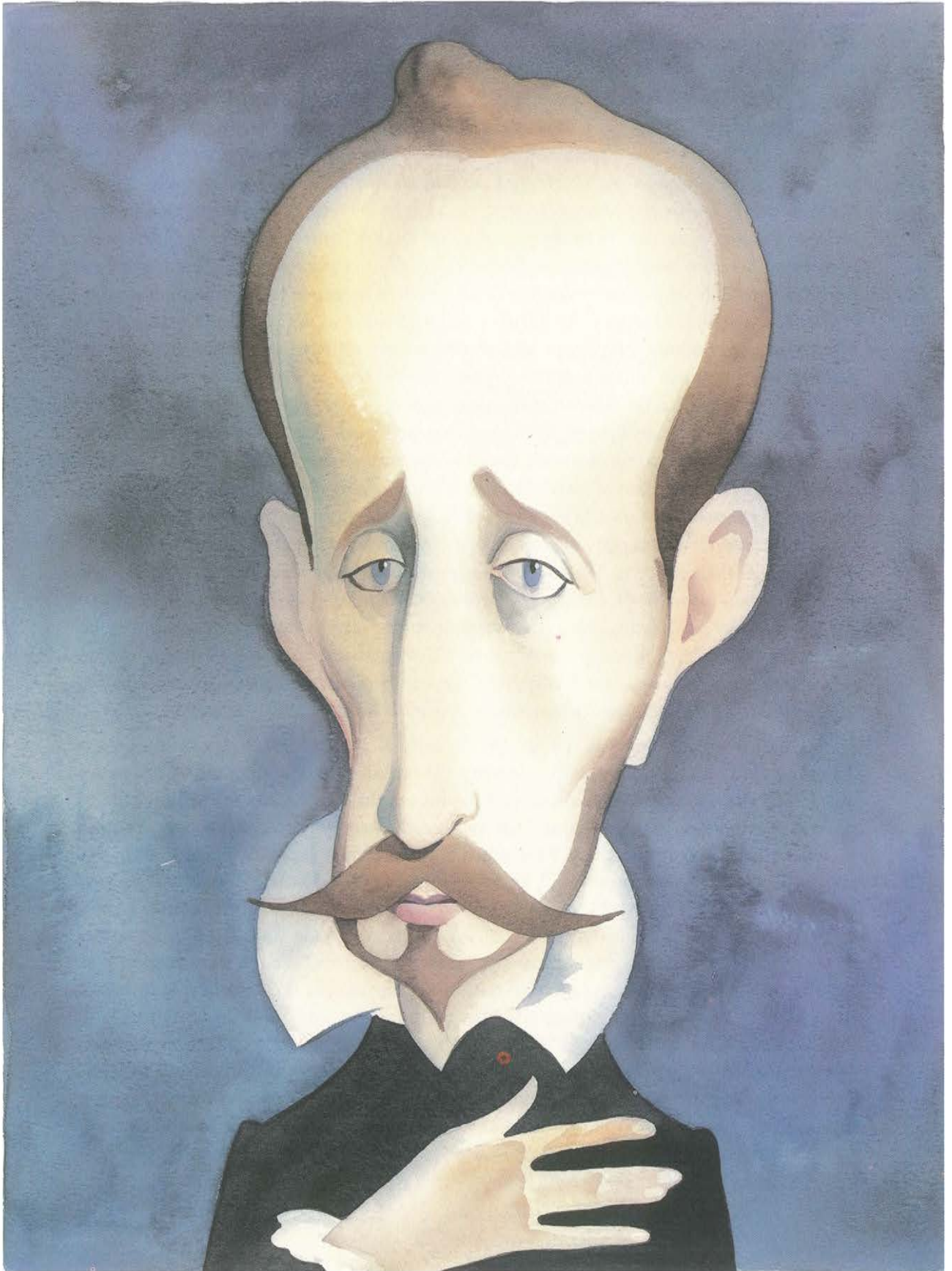


# EL CANDOR Y LA MUERTE DE JUAN DE LANUZA

**J**uan de Lanuza *El joven* fue mártir de su propia abulia. En ningún momento supo cómo actuar. Apenas tuvo tiempo de percatarse de que era una figura decorativa, un símbolo a merced de las conjuras secretas y de ambiciones ajenas. Fue un Justicia volandero e inconsciente. Cuando se dio cuenta de que era desobedecido y traicionado, se encontró en las húmedas mazmorras del palacio de Torrellas a merced de un inesperado designio: iban a cortarle la cabeza. Contaba 27 años. Hasta entonces su vida había discurrido sin sobresaltos. Había visto los jubones ensangrentados y las caladas viseras de las batallas y aprendido a alancear a las bestias en los cerrados de caza. Se había arrodillado sobre un escabel de terciopelo, ante su madre Catalina de Urrea, y había jugado en la ribera del río y en la plaza de las catedrales con su hermano Pedro. Tenía una formación equilibrada, pero podría decirse que en su carácter no sobresalían rasgos de nobleza ni de inteligencia. Su personalidad era más bien apagada, átona, indecisa: le faltaba voluntad. Tampoco le sobraba paciencia, coraje o galanía varonil, aunque no conviene menospreciar su porte armonioso, su barba rizada y oscura, y un rostro triangular, dibujado con facciones nítidas y una piel sedosa, suave, casi infantil. Pero jamás tuvo la prudencia de su hermano ni la mesura de su progenitor. No inspiró respeto a sus súbditos: desconfiaban de sus arrebatos. Heredó el cargo, una situación caótica, una atmósfera de hostilidad y no tuvo consejeros transparentes. Ni Diego de Heredia ni Juan de Luna se comportaron con lealtad: se sirvieron de sus preces y de su influjo para encabritar al monarca, y al final lo dejaron solo, inerme, temblando, ante su ira.

Lo esencial de su biografía se reduce a tres meses, aunque la espiral de violencia que desencadenará su horrible final se remonta al 24 de mayo de 1591. El maestro de intrigas Antonio Pérez había estremecido a todo un reino. El que fuera secretario de Felipe II, facineroso y astuto como pocos, se había refugiado en Aragón, huyendo de un borrascoso proceso en el que era acusado de asesinato. En el débil recuerdo de la





gente quedaban su sospechoso enriquecimiento, su cargo de secretario personal del rey, el crimen de Escobedo, consejero de Juan de Austria y sus probables amoríos con la princesa de Eboli. Con su huida, cuando arreciaban los cargos contra él, quedaba bajo la autoridad del Justicia y no del soberano. Éste, para detenerlo, lo acusó de herejía y fue retenido por el tribunal del Santo Oficio. Pero en ese instante, tras su traslado desde la cárcel de Manifestados, bajo la jurisdicción del Justiciazgo, a la Aljafería, se produjo una gran revuelta popular con fatales consecuencias. El marqués de Almenara, hombre de confianza de Felipe II, sufrió una avalancha de humillaciones. Intentaron asaltar su palacio y apalear a sus criados; luego, la turba acumuló arcabuces, palos, armas de fuego y cuchillos, y reemprendió su acoso. Almenara padeció numerosas agresiones. Fue golpeado en el cuello y en la nuca, lo hirieron con un puñal emponzoñado en las mejillas y en la frente. Una vez que lo derribaron, fue pisoteado y ultrajado. Lo dejaron malherido, con el cuerpo reventado de cardenales, sobre una gran poza de sangre; unas semanas más tarde, expiró. Algo semejante le ocurrió al padre de Juan de Lanuza. Intentó contener el odio de la refriega, pero fue abatido casi de inmediato y sufrió heridas y cortes de consideración. Sus dos hijos, Pedro y Juan, contemplaron la escena con horror. Paralizados de espanto y sin atreverse a intervenir, amenazaron a los insurrectos con una descarga de arcabuz. Juan de Lanuza *El viejo* no se recuperó de la impresión ni de las magulladuras. Dicen que falleció a consecuencia de una brutal depresión y que en los últimos días perdió su natural cordura para extinguirse, mansamente, entre remordimientos y un murmullo taciturno de palabras incomprensibles. Ni siquiera su esposa, con la que mantuvo una relación tan pasional como cómplice, fue capaz de aliviar su dilatada agonía y le escamoteó los desapacibles acontecimientos que se producían en las calles.

La disputa estaba servida. Un grupo de nobles y aristócratas se oponían a los designios de la monarquía y del Justiciazgo. Sostenían que peleaban por la libertad y que Pérez, por ser aragonés y estar bajo los fueros de Aragón, era intocable. Él tampoco permanecía al margen. Sabía fortalecer sus amistades y soliviantaba, con sutileza y perfidia, los ánimos contra Felipe II. Dominaba muy bien las leyes. El vulgo lo apoyó desde el primer instante. El 24 de septiembre se desbordó el encono. En una sesión de la Corte del Justicia, con la unanimidad de los diputados, el conde de Aranda y el duque de Villahermosa, se decidió entregar el reo a la Inquisición y llevarlo a su sede natural de la Aljafería. Así, se dijo, no se infringían los fueros de Aragón y se evitaban los resquemores del ejército real, que campaba al otro lado de la frontera. La noticia se hizo pública enseguida y el propio diputado Juan de Luna informó directamente a los cabecillas de la insurrección. Las autoridades del reino, con una comitiva de vigilancia, pretendieron transportar al preso a la fortaleza árabe. Ni siquiera los dejaron acercarse al calabozo. Los rebeldes aragonesistas armados con espadas, les impidieron cualquier movimiento. Se desató una rápida batalla campal. Allí perecieron soldados y muchos caballos fueron atravesados por los afilados aceros. Antonio Pérez y su criado Juan Francisco Mayorín fueron liberados.

Una leyenda de amor engrandece los titubeos de Lanuza. Es la única muestra que dio de clara inclinación, de apetencia desahogada. Una tarde, mientras asistía a misa, descubrió una mujer hermosa, opulenta de busto y angosta de talle, oculta bajo un velo diáfano que no impedía acceder a su exótica belleza. Tenía la tez blanca, los ojos vívidos y una nariz breve. El cabello, espeso y negro, le caía sobre la espalda. Era alta, escultural, delicada de ademanes. Lanuza no le sacaba ojo y a lo largo de muchos días, entre las miradas sediciosas y el recelo de sus vasallos, se quedaba abstraído contemplando su hermosura. Cada vez se sentía más atraído por la joven: la presentía dulce, cultivada en sus decires y fogosa en la pasión. A algunos de sus amigos no les había pasado desapercibido el interés de Lanuza por la muchacha. Supo que era Violante de Sant Angelo, que se hacía pasar por sobrina de una cortesana de dudosa reputación: la italiana Sibilla, su auténtica madre. El enorme parecido de ambas hacía impensable el parentesco inventado, pero Sibilla, consciente de su celebridad labrada en amores e inquinas, la presentó en la Corte de esa guisa. Varios rasgos de nobleza adornaban el misterio de Violante: era una apasionada de la música, tañía con exquisita perfección varios instrumentos, y tenía amplios conocimientos de literatura y filosofía. Alguien, vinculado a los caballeros que defendían la foralidad, les preparó una primera cita. Lanuza vio que todos sus sueños cristalizaban en la belleza de la dama y que sus anhelos no habían sido desmesurados. Era pulcra en el decir, mesurada en los gestos, discreta en los salones y erudita. Además, tal como había soñado el enamorado, se revelaba seductora y esquiva, galante y desdeñosa. Forzó la situación y ella le prometió que lo recibiría en el castillo de Monte Torrero, donde moraba el fugitivo Pérez.

Su madre no aprobó estos amores. Con el monarca, a quien le unía una gran amistad, habían convenido en casar a su heredero con Isabel, hija de Alonso de Vargas, general de sus ejércitos. Además, dudaba de la reputación de la joven y se temía que Lanuza *El joven* fuese víctima de una emboscada. En cierto modo lo era: en su estancia en la fortaleza, el Justicia más que hallar el solaz del amor, encontró un torbellino de consignas y de turbios anhelos. Violante de Sant Angelo, bien adiestrada por los partidarios del desacato, con Diego de Heredia a la cabeza, derivó la conversación hacia una idea obsesiva: la necesidad de proclamar el contrafuero, la urgencia de declarar ilegal la inmediata llegada del ejército real a Zaragoza.

Felipe II, enojado, mandó un grupo de mensajeros que anunciaron la entrada de las tropas en Zaragoza. No se trataba tanto de una intervención armada, sugería, como de un intento de pacificar el reino y de restituir el poder natural del Justicia y de la Santa Inquisición. Inicialmente envió un emisario, el marqués de Lombay, con el objetivo de esclarecer los conflictos. En el centro de la confusión, Juan de Lanuza deambulaba sin saber qué hacer. Se ocultaba en el fondo de los salones, entre los cuadros de historia y los perros de lana de su madre. Ladeaba el rostro sobre los divanes de raso y se quedaba con la mirada atolondrada y perdida, entre las lámpa-



ras y los doseles de motivos místicos. La imagen de Violante de Sant Angelo acudía a su imaginación, pero también el rastro de las insurrecciones, las tripas de la caballería, humeantes y hediondas, que alfombraban la calle el día de la revuelta. Los zaragozanos lo habían humillado con la liberación de Pérez y su posición resultaba engañosa. No quería enfrentarse con el monarca y éste tampoco desconocía que el 24 de septiembre había sido obligado a claudicar por las circunstancias. Consultaba con sus expertos, oía a micer Martín de Lanuza, que ahora, cuando más lo necesitaba, le emitía informes ambiguos. Su libertad de acción era limitada: estaba varado en el centro de un río en llamas y no sabía a qué orilla retirarse. Temía la cólera popular y la llamada a la rebelión de *Los caballeros de la libertad*, temía una maldición regia sobre Aragón. Al fin, optó por una salida más honesta: el 31 de octubre efectuó la declaración del contrafuero, basándose en un privilegio aprobado en Calatayud en 1461, y convocó a todos los aragoneses a repeler la invasión de Felipe II. A nadie se le puede ocultar la presión popular sobre Lanuza ni el efecto que hicieron en su frágil corazón las amenazas. Un biógrafo define el talante del Justicia como «voluble, inconstante e impresionable».

El ejército ya estaba en camino. En las afueras de Zaragoza, comenzó a congregarse una multitud de combatientes: soldados, montañeses con sus pellizas de piel de oveja, campesinos y mujeres que paseaban cestos de frutas sobre las explanadas, lacayos, fueristas anónimos, artesanos, albarderos, etc. Más de cinco mil hombres, acaudillados por Diego de Heredia, Martín de Lanuza, Juan de Luna y Juan de Lanuza. Fue difícil organizar aquella muchedumbre, casi imposible. Una vez que salieron a campo abierto, más allá de las riberas del Gállego y los grandes campos de hortalizas de Monzalbarba, se produjeron pequeñas reyertas y motines que provocaron la estampida y la fuga de los caballeros. Lanuza, con su inseparable Juan de Luna y unos cuantos hombres, se retiró a Épila y estuvo allí durante casi un mes, al abrigo de la mansión del conde de Aranda. Al cabo de unos días, el Justicia confesaba en una carta que se había sentido totalmente «oprimido por la furia y sin razón de un pueblo tan indómito». Mientras tanto, las huestes de la monarquía se detenían en el monasterio de Veruela, donde el general Alonso de Vargas y su hija Isabel, comprometida con Lanuza, habían previsto encontrarse con Catalina de Urrea, que celebraba las exequias por su marido en aquel paraíso natural de claustros, gárgolas mitológicas y silencio.

La estancia de Juan de Lanuza en Épila agravaba sus culpas. Tanto el marqués de Lombay como Alonso de Vargas no alcanzaban a comprender aquella actitud empañada de hostilidad. Les parecía que, ante los ojos de Felipe II y sus consejeros, era una ratificación del contrafuero. Sin embargo, Lanuza regresó a Zaragoza como si nada hubiese sucedido. Hubo negociaciones y en sucesivas epístolas a la corte real, los emisarios del monarca aludían a un reino pacificado y le anunciaban que estaban trabajando en la anulación de la declaración de resistencia a la monarquía, con «el fin

de que el monarca quedara exculpado de cualquier contravención foral». Ese documento no llegó a firmarse jamás y la visible y pertinaz oposición de diputados, caballeros y del propio Justicia, encolerizó a la Corona española.

Felipe II adoptó una determinación feroz. Sin que nadie se lo esperase, estampó en un pergamino una orden abominable y se la entregó al comendador Gómez Velasco. Éste llegó a Zaragoza en un alazán brioso y veloz, y buscó a Alonso de Vargas. Le extendió el pliego y el militar se quedó estupefacto. No podía dar crédito a sus ojos ni alcanzaba a concebir la estampa de lo que se le avecinaba encima. A pesar de los amores de Lanuza con Violante de Sant Angelo, nunca había descartado que fuese su yerno y ahora lo obligaban también a ser su verdugo. La voluntad del rey era contundente: ordenaba la decapitación de Juan de Lanuza.

Al Justicia lo apresaron y lo recluyeron en la mansión de Juan de Torrellas. Lívido, descompuesto, Lanuza se enfrentó a su destino. Dijo, a modo de disculpa, que tenía muy pocos años, que llevaba algo menos de tres meses en el cargo y que, una y otra vez, había sido empujado por sus súbditos. Jamás quiso contrariar a su señor natural, agregó. Encerrado en las lóbregas estancias del palacio, pretendió columbrar en aquellos meses tan precipitados sus errores, sus delirios de grandeza, sus pecados de amor. Pensó en Violante, con quien había soñado un porvenir gozoso de primaveras galantes y noches obscenas; pensó en todos los que lo habían dejado en aquel estado: huérfano de amigos, mártir de sí mismo, víctima propicia de una doble intolerancia. Cerca del alba, cuando los mirlos rivalizan con los gorriones en la espesura, lo subieron arriba.

La madrugada del 20 de diciembre se desvanecía y la aurora aparecía indecisa, entre gasas de negror y un fulgor rojizo. Las calles estaban desiertas como había presagiado. Juan de Lanuza sabía que nadie movería un dedo por él, que ahora nadie se atrevería a desafiar a los ejércitos. Levantó los ojos y vio soldados por todas partes, ballesteros, escuadrones de jinetes a caballo. Miró las ventanas, pero no había ni un hilillo de luz ni se habían abierto las celosías. Miró al frente y enfiló hacia el cadalso. «Si no me he hecho acreedor a mi responsabilidad por mi inteligencia y mi honor, al menos que lo sea por mi muerte», pensó. Se arrodilló sobre el patíbulo y aguardó a que el verdugo dejase caer sobre su cuello el filo letal del hacha. El cierzo del amanecer, helado y furioso, desclavaba los pasquines que anunciaban la condena del «traidor, que levantó bandera y otros aparatos de guerra contra su rey y señor natural». ■

